

# MIRET MAGDALENA

## MERTON. ¿UN RELIGIOSO ANARQUIZANTE?

Muchos católicos de edad madura recordarán que hace veinte años —en 1948— leyeron con apasionamiento su obra «The seven storey mountain», donde cuenta, un poco románticamente, su conversión al catolicismo. Esa obra, hoy un poco desfasada, fue un best-seller en Norteamérica, con sus 600.000 ejemplares vendidos en el año de su publicación.

El martes día 10 de diciembre, a los cincuenta y tres años de edad, ha muerto este famoso monje trapense inconformista, en un suburbio de Bangkok, de manera insospechada. Regresaba de una reunión ecuménica entre monjes budistas y católicos a su pequeño bungalow, para dormir, en una calurosa noche tropical y, al querer poner en marcha el ventilador eléctrico, un corto circuito le electrocutó, muriendo de este imprevisto y casi estúpido accidente.

Este monje, que ha sido durante un cuarto de siglo uno de los católicos más famosos de América, y que, a pesar de su fama mundial, no había salido nunca de su Monasterio de Nuestra Señora de Getsemani, en Kentucky (U.S.A.), decidió superar —a principios de 1968— su inclinación a la soledad, y salió del Monasterio para ponerse en contacto con el pensamiento oriental. El estudio de las ideas budistas le llevó a dialogar ampliamente con los monjes de la India, Tailandia e Indonesia.

Pero como la vida le había enseñado que la atracción hacia la pasividad monacal podía ser falseadora de lo humano, quería estudiar el budismo Zen en sus propias fuentes. Esa vertiente japonesa del budismo oriental que ha sabido mezclar con profunda sabiduría el pensamiento y la acción en una dialéctica vital que multiplica las posibilidades humanas hasta límites insospechados. No fue su pretensión la de acostumbrarse a una pasiva actitud, como la del budismo indio; sino a adquirir la postura activa de la modalidad japonesa, que entraña y desarrolla la misteriosa fuerza que tiene la raza amarilla, como vemos en China y Japón hoy, y que es lo que le atraía y fascinaba. Por eso se dedicó a estudiarlo, viviéndolo de cerca.

Su historia humano-religiosa es todo lo contrario de lo que esperaríamos de un monje. Su dinamismo le llevó a ser cada vez más realista y más riguroso en su pensar y en su vivir. Desde su conversión a la religión católica hasta los importantes cambios experimentados por él en estos últimos años, se ve una constante inquietud transformadora no sólo individual, sino también social.

Su conversión en 1939 tiene dos momentos decisivos. Uno, su viaje a Roma, la ciudad de la serenidad y del universalismo. Allí, visitando iglesias y catacumbas, recibió la atracción de las dos dimensiones más profundas que creyó descubrir en el catolicismo: la preocupación cristiana por la paz y la apertura católica a todo lo universal, superando cualquier particularismo.

El segundo momento fue la lectura de la obra del filósofo católico E. Gilson, titulada «El espíritu de la Filosofía Medieval». A través de sus documentadas y apasionantes páginas descubre Merton que el catolicismo presenta un Dios —al menos en sus mejores pensadores— que no es el que vulgarmente ha conocido él en la enseñanza religiosa recibida de niño. El concepto de Dios que presenta este catolicismo profundo no es el de un Amo justiciero, ni tampoco el de un primer Motor inmóvil que da impulso a todo, sin importarle en el fondo gran cosa de los seres humanos, porque está a una altura que nada le afecta. El Dios auténticamente católico descubre Merton que es un Dios que no puede ser encerrado en ninguna de nuestras ideas, por elevadas que sean, y que reúne en su profunda realidad lo más alto y lo más íntimo y cercano a los hombres. Llegó así este independiente monje a la conclusión de que la fe católica no era ninguna noción vaga ni supersticiosa brotada de una época científica: se revelaba más bien como un conjunto profundo, exacto y, al mismo tiempo, sencillo que invitaba al desarrollo de todo lo humano, sin concesiones románticas a un sentimentalismo trasnochado ni deudor tampoco de un temor alienante, porque creía en un Dios dinámico que favorece todo impulso de desarrollo integral humano.

Esa última lectura ocurrió en 1937, y dos años después se hizo católico.

Una tarde de 1942, estando con un grupo de amigos y amigas pasando unas vacaciones, se decidió a entrar en el Monasterio norteamericano de Getsemani, donde ha pasado veinte años largos de elaboración de esta doble actitud, claramente adquirida al final de su vida: el respeto hacia las personas individuales y hacia los problemas del mundo.

Pensaba que la soledad era necesaria para desarrollarse humanamente. Sus ideas inconformistas, incluso respecto a la vida monástica, le llevaron a vivir como el agnóstico Thoreau, el mayor crítico que tuvo la sociedad americana del siglo pasado y que vivió un tiempo en una pequeña cabaña, como la que Merton habitó a una milla de su Monasterio. Pero todo ello no lo hizo para complacerse morbosamente en la evasión de responsabilidades humanas, como suele ocurrir a muchos monjes, sino para mejor prepararse a tenerlas y vivirlas.

Esas tendencias complementarias que fomentó en él mismo fueron: la preocupación por el desarrollo de la responsabilidad personal y el respeto a toda persona humana; y, al mismo tiempo, su inclinación hacia los problemas de la sociedad para intentar una organización de la misma viviendo un radical democrático de masas un poco semejante al de ese utópico anarquismo pacifista y renovado que define, en su libro «El anarquismo y lo real», el publicista francés C. A. Bontemps así: «Un cierto escepticismo, atento, sin embargo, a todo; con gran afán de objetividad; leal hacia sí mismo tanto como hacia los demás; con una indiferencia tranquila hacia la opinión de los otros, a menos que éstos se encuentren interesados en la condición humana... y con ciega fe en las posibilidades de educación de todos los hombres». Esta actitud de respeto y promoción hacia la masa de los desheredados de la fortuna era en él radicalmente no-violenta; su obsesión por la paz y por la convivencia de todos le alejaba de cualquier violencia, se llamase como se llamase.

Del egoísmo monacal individualista de sus primeros tiempos había pasado a lo que, con frase contradictoria, llama Bontemps el «egoísmo entregado». Lo cual no es ninguna clase de egoísmo, en el sentido usual de la palabra, sino todo lo contrario; porque su pretensión es «agrandarse uno mismo tendiendo hacia el otro».

Quería una reforma total y radical tras el Concilio Vaticano II, y por eso publicó escritos —«La Revolución Negra»— contra la discriminación racial y la guerra del Vietnam, y difundió, además, con la pluma todo movimiento de defensa de los derechos cívicos, siendo partidario decidido de los objetores de conciencia.

Creía que el catolicismo tiene que aprender mucho del mundo actual, de su afán de autonomía y de cultura independiente, que le está haciendo alcanzar su mayoría de edad. Opinaba que los clérigos se equivocaban pensando que la teología es estática e inmutable, cuando, por el contrario, el cristianismo es siempre dinámico, y en vez de pretender una sociedad establecida en un orden imperfecto, estimula la idea de la transformación profunda y constante. De ahí que en esta juventud inquieta que busca nuevos caminos y que está decepcionada de la sociedad que los adultos han construido en todos los países, pero que quiere una verdadera paz y convivencia en la justicia más rigurosa y en el respeto más profundo al ser humano, cuando se desprende de casi todo y se entrega activamente a esta misión, encontraba Merton a «los verdaderos monjes modernos», superadores del egoísmo y amantes con un amor realista y social.

No creía en los grandes gestos ni en las gigantescas organizaciones, sino en la acción personal, pero hecha pública para hacer así impacto en la opinión. Y por eso dedicaba gran parte de su tiempo a mantener correspondencia lo mismo con el Alcalde de Hiroshima que con el más sencillo proletario.

Era un poeta de pensar riguroso y profunda preocupación humana que creyó encontrar en el budismo Zen un método excelente de formación personal que conjugase la fuerza de la ciencia y la técnica actuales con el desarrollo humano personal, sin hacerse nunca esclavo de aquélla, como hacemos los occidentales.

Los beatniks de ayer y los hippies de hoy son signo un poco caricaturesco de este anhelo inconformista, despreciador de una sociedad demasiado achatada por su instalación en lo burgués y por su mitificación de la técnica, olvidando que la técnica es un servicio al hombre, como descubrieron los grandes sociólogos científicos del siglo pasado.

A un cristiano adulto le convendría una cierta dosis de esta actitud para salvarse de la fundada y constante crítica que la juventud hace de ellos. Y no le parecería esto tan raro si reflexionase más en el final de la vida de Merton, que, día tras día, superó la evasión, el egoísmo individualista y la instalación en una vida cómodamente ordenada, para ocuparse, cada vez más comprometidamente, en los problemas de la sociedad actual y en la búsqueda de caminos eficaces para un auténtico desarrollo humano, y no sólo material, para la sociedad del futuro.